



LA RAZÓN HISTÓRICA
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
ISSN 1989-2659
Número 55, Año 2022, páginas 1-29
www.revistalarazonhistorica.com

La reacción patriarcal y sus descontentos

Ignacio ÁLVAREZ RODRÍGUEZ
Universidad Complutense de Madrid

SUMARIO. 1. A modo de introducción. 2. La tesis de la reacción patriarcal. 3. La reacción contra la reacción patriarcal. 4. A modo de conclusión. 5. Bibliografía.

RESUMEN: el presente texto es un estudio sobre la idea feminista de la reacción patriarcal y las críticas que se le pueden hacer desde un paradigma que une el paradigma constitucional con el paradigma teórico-político que proviene del mejor catolicismo de nuevo cuño, representado por autores como Jordan B. Peterson, Robert Redeker o R.R. Reno.

ABSTRACT: This text is a study on the feminist idea of patriarchal reaction and the criticism that can be made from a paradigm that unites the constitutional paradigm with the theoretical-political paradigm that comes from the best new-fangled Catholicism, represented by authors such as Jordan B. Peterson, Robert Redeker, or R.R. Reno.

PALABRAS CLAVE: Derecho Constitucional, Feminismo, Patriarcado

KEY WORDS: Constitutional Law, Feminism, Patriarchy

1. Introducción

El presente estudio es una reflexión en voz alta sobre uno de los debates que más auge tiene en el seno del movimiento feminista: la reacción patriarcal que, presuntamente, se estaría produciendo como respuesta a los avances logrados por dicho movimiento. El texto se afana por procurar una explicación en torno a dos polos. En el primero, se dará cuenta en profundidad de la tesis de la reacción patriarcal, su noción, sus características y su desarrollo en la actualidad. En el segundo, se expondrá la crítica dicha idea de la reacción patriarcal, intentando arrojar luz en torno a sus causas y, sobre todo, en torno a sus consecuencias.

2. La tesis de la reacción patriarcal

Dentro del movimiento feminista nos explican que el hombre de hoy debe reformularse al completo hasta el punto de que de no hacerlo “las mujeres seguirán en peligro” y, en consecuencia, “todos seguiremos en peligro”. ¿Cómo se articula este *pensamiento*? Mediante dos vectores igualmente importantes para sus propósitos.

En primer término, se aboga por un programa de ingeniería social en torno al deseo -y a la exigencia- de que se gesticule una nueva masculinidad, extremo que sólo puede realizarse partiendo de la base de que los seres humanos son, poco más o menos, un *mecano* o, directamente, un *Mr. Potato*. En segundo término, las mismas voces que no cesan en su ataque al hombre son las que se alarman porque a alguno de estos hombres se le ocurra reflexionar, denunciar, o, lisa y llanamente, pedir auxilio ante tal dislate, tildando sin ningún género de dudas tales actitudes de “reacción patriarcal”.

Veamos con cierto detalle cómo se desarrollan ambas en este magma colectivo llamado feminismo, no sin antes recordar, con Andreski, que una de las dificultades inherentes del tema es que los seres humanos reaccionan a lo que se dice de ellos (parece ser que sólo puedan reaccionar *unas* y no *otros*).¹

Existe una corriente de opinión que proclama la obsolescencia del hombre y que la masculinidad es “tóxica”. El hombre, según su mejor entender, debe deconstruirse al completo puesto que poco menos supone la quintaesencia de todos los males de Occidente (es de suponer que también en Oriente) bajo la fórmula del patriarcado, ese animal mitológico que nadie sabe de verás qué es, dónde surge, en qué año se creó, o quienes formaron parte de tan opresor conciliábulo. Las fechas históricas suelen tener días y años concretos y protagonistas con nombres y apellidos. No es el caso del patriarcado, cuyos orígenes se sitúan en función de los intereses y prejuicios de la literatura feminista al uso.

No obstante, el hombre a demoler tiene algunos atributos que lo hacen especialmente apetecibles para las fauces de cierto feminismo. No es cualquier hombre. Es uno concreto, ese “hombre, blanco, cis, heterosexual”, según sus voceras la correa de transmisión de todos los patógenos habidos y por haber. *Hombre*, en tanto que ser humano cuyo sexo biológico es masculino. *Blanco*, en tanto que las *minorías racializadas* habrían sido por él sistemáticamente oprimidas. *Cis*, en tanto que no siente ninguna incomodidad entre su identidad de género y los atributos genitales que le tocaron en suerte. Y *heterosexual*, claro, como persona a la que le atraen los seres humanos del otro sexo. Todos ellos pecados capitales por separado, pero ya juntos se convierten en conductas intolerables.

Este hombre es objeto hoy en día de una guerra sin cuartel que no empezó precisamente ayer. Guerra global, pues comienza a edades bien tempranas, desde la niñez hasta la senectud, pasando por la adolescencia y la juventud y llega hasta la

¹ Vid. ANDRESKI, S; *Las ciencias sociales como forma de brujería*, Taurus, Madrid, 1973, p. 15.

madurez y senectud, tal y como demostró hace años Christina Hoff Sommers y nos recordaron hace bien poco Warren Farrell y John Gray.² En las líneas que siguen se pretende ofrecer un bosquejo de cuáles son los principales ataques que está sufriendo, de dónde vienen, por qué se formulan (arrecian) en estos tiempos y qué críticas comportan.

Las autoras que en la actualidad sostienen esta tesis son varias. Comenzaremos por la obra de Pauline Harmange. La escritora francesa hace una defensa convencida y contundente de la necesidad de la misandria (el puro odio al hombre por el mero hecho de serlo). Aunque su pensamiento no es especialmente novedoso ni profundo, sí resulta una buena guía para saber cuán huracanados son los vientos huracanados que soplan, especialmente en según qué cabezas. Según ella, los hombres son “seres violentos, egoístas, perezosos y cobardes” y la misandria, solo por eso, ya estaría justificada. Aun mas cuando caemos en la cuenta de que esa actitud, odiar a los hombres, ha provocado “exactamente cero muertos y cero heridos”.

La autora nos informa que en la misandria ve una puerta de salida, una forma de avanzar fuera del camino establecido y reconoce que “odiar a los hombres, como grupo social y a menudo también a nivel individual”, le aporta “muchísima felicidad”. Si todas las mujeres se volvieran misándricas, sostiene Harmange, quizá se podría “armar un jaleo tan grande como maravilloso”. Un pensamiento, como puede fácilmente colegirse, original, empático, justo y ponderado.³

La profesora Ranea Triviño dedica también denodados esfuerzos al asunto. Para la socióloga, los hombres blancos enfadados lo están porque pierden poder y vuelcan su odio y envidia contra “el otro”. Lo cual les hace ser victimistas, como sucedió con la “escenificación esperpéntica” de la masculinidad violenta que se vio en el asalto al Capitolio en 2021.

La autora cree que el rugir de la extrema derecha tiene mucho que ver con esa *Internacional del odio* que implica la reacción patriarcal a la que dedica espacio. Para Ranea, las “ciberviolencias” son una forma de resituar la masculinidad hegemónica en redes. El contexto virtual está polarizado y es violento con las mujeres, por lo que las redes “se vuelven espacios de inseguridad” para ellas. El miedo a la violencia machista, según su parecer, se sigue en el continuo virtual-real. Son una extensión de las políticas del miedo patriarcales. Aquí incluye en su análisis desde los *trolls* de Internet hasta los “foros de puteros”, pasando por la película *2 Fast 2 Furious*, de la que deduce que la masculinidad es un riesgo para la salud. Ranea insiste en que “en el contexto pandémico actual se ha desvelado la necesidad de problematizar la masculinidad como un asunto de riesgo para la salud pública”. ¿El motivo? Que los hombres incumplen más las restricciones-COVID.

² Vid. HOFF SOMMERS, C; *Who stole feminism? How women have betrayed women*, Touchstone Press, New York, 1994; y FARRELL, W; y GRAY, J; *The boy crisis: why our boys are struggling and what we can do about it*, BenBella Books, Dallas, 2018.

³ Vid. HARMANGE, P; *Hombres, los odio*, Paidós, Barcelona, 2020.

En esa tesitura, dirá Ranea, “hemos de plantearnos la abolición de la masculinidad, al menos como sueño, como ampliación de nuestros posibles siquiera”. Mensaje recibido: desguacemos a niños, adultos y ancianos como si fueran *Mr. Potato* y luego reconstruyamos como podamos los restos del naufragio. La autora defiende que el feminismo debe ser paranoico, aunque no lo diga con esas palabras. Ella lo denomina “teoría de la sospecha” y básicamente defiende que se debe desconfiar de los autoproclamados hombres nuevos que sólo quieren el aplauso “en lugar de trabajar por el cambio real”.⁴

Si se entiende la propuesta de la autora, primero debe desguazarse al hombre. Luego, si alguno se ha convertido ya a la *nueva masculinidad* tal cosa no será bastante, pues se sospechará de lo que quede de él. Finalmente, ellas decidirán si le devuelven a la vida y en qué condiciones.

Pedro Vallín es otro *aliado* en sumarse a este desatino disfrazado de causa política. Su análisis parte de la base de que mientras en nuestras calles emergía “el movimiento feminista más poderoso de Occidente”, el protagonismo político era cooptado por hombres de la misma generación. Aunque deja fuera, por motivos que sólo él sabe, a las vicepresidentas del Gobierno, y a las ministras, entre otras, quizá no sería tan poderoso como dice el periodista.

Para Vallín, la conversión en víctima del varón blanco heterosexual es impúdica, manipulando la violencia machista para aparentar indefensión y proyectando su virilidad antediluviana mediante actividades como la caza (¿?). Vallín insiste: “el cazador como víctima. El devorador de chuletones. El torero. La paradoja -y la desfachatez- es olímpica: hombres voraces armadas que matan animales son las víctimas. Hombres brutales que matan mujeres viven sojuzgados. Lágrimas de depredador”.

Respecto a la libertad de expresión, Vallín lo tiene claro (y eso que es periodista y escritor) y dice que la corrección política es la manera en que “las sociedades progresan legislando sin legislar sobre el sentido común de la ética en cada época”. Es una forma eufemística como otra cualquiera de decirles a los rivales que no se quejen ni alcen la voz, que ahora toca repliegue y aguantar mecha, si se permite la expresión.

Pedro Vallín no es especialmente original al decir que la película *Joker* representa a la perfección esa masculinidad tóxica que tanto quiere hacer claudicar, dado que la ira indiscriminada que condensa el protagonista es idéntica, según dice, a la que llevó a Donald Trump a la Casa Blanca y a la que invadió el Capitolio cuando fue derrotado. La película sirve para la que llama “white trash”, integrada por hombres de la *alt-right*, y masas de *incels* que conspiran “en las sentinas de Internet por un mundo de mujeres sumisas”.⁵

⁴ Vid. RANEA TRIVIÑO, B; *Desarmar la masculinidad*, La Catarata, Madrid, 2021.

⁵ Vid. VALLÍN, P; *C3PO en la corte del rey Felipe*, Arpa, Barcelona, 2021, p. 45 y ss.

En este proceso es inevitable la referencia al pensamiento de Rebecca Solnit, apologeta de las mayores diatribas contra la mera existencia del hombre.⁶ Para Solnit, la base de la que partir es que “los hombres asuman la responsabilidad no solo de su propia conducta, sino también de la de los hombres que los rodean para convertirse en agentes del cambio”. El planteamiento es fabuloso por destructivo: quienes llevan a cabo unas acciones dejan de responder de ellas y quienes no las cometen deben hacerse cargo de estas. Si decimos que es destructivo es porque eso es lo que hace, destruir la presunción básica sobre la que se articula cualquier sistema demoliberal: la responsabilidad en cuanto envés de la libertad. Y la libertad solo puede ser individual. Huelga decir que de tales planteamientos se podría deducir que Solnit no parece muy amiga de la libertad.

La escritora nos dice que hay tres categorías de hombres: los aliados, los misóginos furiosos y los *haters* y circunscribe estos dos últimos grupos a la órbita de Internet, especialmente en esos foros “donde avivan sin cesar las llamas de su resentimiento”. Para Rebecca Solnit, los únicos hombres que merecen los mejores calificativos (“excepcionalmente perceptivos, elocuentes y francos”) son aquellos que reconocen que se benefician de eso que la autora llama sin empacho “cultura de la violación”, lo cual es una contradicción en sus términos en la medida en que no hay valores y prácticas comúnmente aceptadas de tal cosa. Decíamos que esos hombres le merecen los mejores parabienes. ¿Por qué? Porque se expresan así: “Nosotros, los hombres, nos beneficiamos, todos los hombres nos beneficiamos, de la cultura de la violación”.

La profesora Bengonya Enguix ha estudiado el asunto enfocado en la diferencia entre las “viejas masculinidades” y las “nuevas masculinidades”. Hace tres décadas la masculinidad era la regla universal incuestionable aunque ella es de la opinión de que “ni el sexo ni la naturaleza son reales” y todo es cultural e interpretable. Con sus palabras: “género y cuerpo son tanto materia como discurso”. Dentro de esas coordenadas contextuales dirá que las masculinidades son una cosa y los hombres otra. Con ese lenguaje marca de la casa posmoderna dirá que las primeras son “múltiples, complejas y contradictorias”.

A partir de los años setenta del pasado siglo se empieza a desarrollar, en el marco de los estudios de género, la tesis de la *crisis de la masculinidad*, lo cual explica bastantes cosas: serán las feministas las que digan que el hombre está en crisis, quizá porque necesitan el argumento para intentar generar el caldo de cultivo propicio para seguir con la letanía de la cultura de la violación, el patriarcado opresor y demás. Para nuestra autora la vieja masculinidad sería la práctica que legitima la posición dominante de los hombres y justifica la subordinación de las mujeres. La nueva masculinidad, que reformula en forma de masculinidades positivas serían tres: la masculinidad *inclusiva* (homosexuales, por ejemplo); la masculinidad *profeminista* (Justin Trudeau y compinches, cabe deducir). Y la masculinidad *cuidadora*

⁶ Vid. SOLNIT, R; *La madre de todas las preguntas*, Capitán Swing, Madrid, 2021, p. 93 y ss.

(resumida en ser buena persona y ayudar a quien lo necesite, especialmente si pertenece al círculo familiar propio).⁷

En esto de la reformulación del hombre también presta servicios la profesora Ávila Bravo-Villasante. Aun reconociendo, de la mano de Kate Millet, que no se puede resolver la cuestión del origen del patriarcado (¡al fin alguien del movimiento lo dice!) ello no es óbice para orillar la demolición del varón. Tiene algunos pensamientos que merece la pena traer a colación. Cree que la sociedad de la posverdad proporciona un ambiente adecuado para que los *hombres muy hombres* (cursivas en el original) reclamen una vuelta a la masculinidad. Es pertinente preguntarse cómo puede volver un hombre a ser hombre si nunca dejó de ser hombre. ¿Qué sitio es el que la filósofa tiene en mente? ¿Cómo volver de donde nunca se fue uno? Y las mujeres, ¿volverán a la feminidad?

La autora es de la opinión de que los hombres mantienen un discurso victimista mientras obvian sus privilegios, declarando que se sienten perdidos y clamando compasión por verse superados ante tanto avance. Con todo, explica la reacción patriarcal en sus términos. Cree que los hombres despliegan una estrategia que mezcla el halago y el terror con la máxima del divide y vencerás. Considera que propalan mitos antiguos como si fueran hallazgos recientes mientras niegan la existencia de reacción a la vez que acusan al feminismo de todos sus males. Añoran la feminidad tradicional y luchan por su vuelta. Esa reacción patriarcal denuncia que no existe crisis de la masculinidad e insta a que seamos “hombres muy hombres”. Además, aspiran a tener el control reproductivo y sexual de la mujer y se apropian del lenguaje feminista para sus -claramente espurios- intereses.

La doctrina pone atención en los nombres que emplea la reacción patriarcal, para que no pueda filtrarse por los conductos del sistema y pase inadvertido (importante: el nivel de paranoia debe mantenerse siempre en sus máximos). Así, en nuestro feminismo tanto Octavio Salazar como Amparo Rubiales hablan de la revancha patriarcal al hilo del escenario político español que integra el Partido Popular, Ciudadanos y Vox en el gobierno andaluz.

Hablan de *postmachismo*, otra forma de aludir a la mentada reacción patriarcal que, según los autores, supone la renuencia a los avances feministas, idea esta que es en sí misma insostenible siquiera sea porque las conquistas reales suelen tener autores varios de carne y hueso, no “ismo” alguno. Esta reacción, según nuestros autores, tiene mucho predicamento en redes sociales en torno a eso que llaman *machosfera*, cuyos aliados naturales serían las políticas neoliberales y el miedo.

Para Salazar, el *postmachismo* sería algo así como hacer normal en nombre de la igualdad la reivindicación de que el hombre sea tenido en cuenta cuando se adopten medidas igualitarias. Sería no reconocer “los privilegios que la cultura nos ha

⁷ Vid. ENGUIX GRAU, B; “Las nuevas masculinidades a debate: poder, privilegio, cuerpo y cuidados”. En TÉLLEZ INFANTES, A; MARTÍNEZ GUIRAO, J.E; y SANFÉLIX ALBELDA, J (eds); *Hombres, género y patriarcado: reflexiones, cuerpos y representaciones*, Dykinson, Madrid, 2021, p. 36 y ss.

concedido”. Sería defender los valores tradicionales. Sería decir que se interponen denuncias falsas. Rubiales, por su parte, prefiere hablar de *neomachismo* para aludir a ese presunto miedo a la igualdad, donde se utilizan la cultura y el poder como estructuras para mantener vivo el patriarcado y hacer de los hombres unos machistas irredentos.⁸

El propio Salazar ha dedicado esfuerzos adicionales, en el marco de la pandemia, a explicarnos por qué debemos alumbrar al hombre nuevo. La base de la que parte es ya sabida: “estamos asistiendo a una reacción patriarcal”, ejemplificada en la contestación que tuvo la celebración del 8-M en el año 2020. La reacción se produciría “contra los avances en igualdad, contra la movilización feminista e incluso contra las leyes y las políticas que determinados países han aprobado en las últimas décadas”.

Así se explica que “muchos varones se están sintiendo agraviados y reaccionan incluso con ira”. Lo que hay detrás de la misma “es el miedo y la inseguridad que provocan la pérdida de poder y la negativa a ajustarse a otros modelos, incluida nuestra vida más personal o íntima”. Somos “viejos hombres nuevos”, según sus propias palabras.⁹

Nuria Varela, por su parte, nos ilustra en profundidad sobre cómo nos hemos convertido en tamaños monstruos reaccionarios. Nos dice que la reacción patriarcal es más violenta y reactiva que nunca y que existe una “corriente negacionista” (aunque no dice qué niega), que busca “insultar a quienes piensan colectivamente” (¿es eso acaso posible?). Por ejemplo, serían las voces que criminalizan a quienes luchan por erradicar la violencia de género (quizá no sea eso: quizá sea que la manera de hacerlo se revela ineficaz, tal y como se empeñan en demostrar los datos con contumacia).

Para Varela, cada progreso feminista ha sufrido su propia reacción patriarcal, que intenta detener o eliminar esa conquista. Al derecho de sufragio se reaccionó con saña (con tanta saña que ningún país que lo ha reconocido lo eliminó después jamás). A la expansión democrática se le opuso “la mística de la feminidad” (atacaban a Betty Friedan por explicar cómo funcionaban las cosas de verdad). Y al feminismo radical le surgieron dos archienemigos tan poderosos como Ronald Reagan y Margaret Thatcher (tan poderosos que el feminismo sigue entre nosotros con plena salud). Incluso hubo, según Varela, reacciones patriarcales antes de la existencia del propio feminismo, como la caza de brujas.

Por supuesto, la bestia negra de la autora es “la derecha” porque ha hecho del feminismo su bestia negra. Dice que, bajo gobiernos del Partido Popular, las políticas de ajuste machacaron a las mujeres en una ofensiva en todos los frentes, constatable en hechos tan subyugantes como la reconversión del Ministerio de Igualdad a

⁸ Vid. RUBIALES, A; y SALAZAR, O; *Al amparo del feminismo*, Renacimiento, Sevilla, 2021, p. 327 y ss.

⁹ SALAZAR BENÍTEZ, O; *La vida en común: los hombres que deberíamos ser después del coronavirus*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021, p. 25 y ss.

Secretaría de Estado. Como se puede ver, un auténtico infierno. Infierno de reacción patriarcal que nuestra autora explica, por lo demás, aludiendo a una única referencia bibliográfica que data del año 1990 y que se refiere a la realidad norteamericana de aquellas fechas.¹⁰

A este respecto, Rosa Cobo ya argumentó desde la sociología en torno a la idea de la reacción patriarcal en una monografía publicada en el año 2011. Para Cobo, en los últimos treinta años se ha producido una reacción patriarcal “insólita por su intensidad sistémica”. La principal causa la cifra en varias, pero una destaca por encima del resto: el resurgir del feminismo radical de los años setenta, despertando a los aletargados patriarcados que habrían creído a pies juntillas en el fin de la Historia *fukuyamiana*.

¿En qué consiste esa reacción? En que los hombres no aceptan las conquistas igualitarias, que la mujer sea dueña de su cuerpo y de su vida. Pero aquí Cobo distingue entre buenos y malos y lo hace de forma literal. Habría una reacción desde colectivos masculinos progresistas e intelectuales moderados, que vendrían a defender que la igualdad ya está conseguida y que medidas como las cuotas no deben ser adoptadas. Y habría una reacción desde colectivos masculinos “bárbaros”, cuya respuesta es la violencia ante las heridas que sedicentemente les causan los avances femeninos.

Las estrategias reactivas discurren por una serie de prácticas culturales determinadas (por ejemplo, exigir un canon de belleza a la mujer “imposible de alcanzar”), la globalización neoliberal (el Estado privatiza lo público y así aumenta el trabajo doméstico de las mujeres) y la violencia sexual (*juergas de fin de semana* donde alguna mujer resulta muerta a manos de los *juerguistas*).¹¹

Estas tesis presentan la característica común de explicar el auge de la reacción gracias a Internet, en torno a grupos de hombres tildados de “supremacistas blancos” o de ultraderechistas, en un intento de estigmatizar y desactivar toda crítica que se precie, por atinada o procedente que sea. Aquí destacan las tesis de Julia Ebner y de Talia Lavin, que siguen la estela de trabajos como el Angela Nagle.¹²

En cuanto a la tesis de Julia Ebner, presta atención a los grupos llamados *trad wives* (esposas tradicionales), originados en torno a las comunidades *Red Pill*, personas que han abierto los ojos a la auténtica realidad y asumen las consecuencias de ello. La galaxia que forma esta constelación en red incluye desde grupos en defensa de los derechos de los hombres (*Men Rights Activists*) hasta grupos de aislacionistas (*Men Going Their Own Way*), pasando por diferentes foros de Reddit, 4chan y 8chan. Todos ellos, nos dice una Ebner que se infiltró en su seno, adolecen de ser una

¹⁰ Vid. VARELA, N; *Feminismo 4.0. La cuarta ola*, Ediciones B, Barcelona, 2019, p. 35 y ss.

¹¹ Vid. COBO, R; *Hacia una nueva política sexual: las mujeres ante la reacción patriarcal*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011, p. 20 y ss.

¹² Vid. NAGLE, A; *Muerte a los normies: las guerras culturales en internet que han dado lugar al ascenso de Trump y la alt-right*, OrcinyPress, Tarragona, 2018.

machosfera de ultraderechistas y célibes involuntarios que liberan su bilis, rencor, odio y resentimiento con un discurso claramente antifeminista.

Lo más interesante de esta cuestión es cuando Ebner asume que tales movimientos también están integrados por mujeres, que reciben el nombre de *trad wives*. Un auténtico hito investigador. ¿Su pecado? La búsqueda del amor (“es lo que radicaliza a la mayoría”), defender los derechos de los hombres (“que desean recuperar los roles de poder tradicionales”), así como las nociones exageradas de masculinidad y feminidad (la autora no menciona ni una, así que no podemos poner ejemplos). Este tipo de planteamientos no tolera que las mujeres sean libres de verdad, como para poner la feminidad delante del feminismo.

Hasta aquí, el análisis de sus tesis demuestra que nada nuevo hay bajo el sol. Pero Ebner sube la apuesta. Por un lado, alerta de que las comunidades virtuales de hombres y mujeres con este pensamiento no deja de crecer situando la cifra de algunas en cuarenta mil personas. Emplea las cifras grandes para demostrar que todos están cortados por el mismo patrón, sin permitir ni aceptar otra cosa que no sea un bloque granítico. Autores como Peterson, políticos como Benjamin, o profesores como Fiamengo se han dedicado a “alimentar un sentimiento de victimismo masculino” que lleva a estas mujeres a “cargar con la culpa” de los abusos verbales y físicos que sufren. Julia Ebner lo tiene muy claro: “actúan como centros de socialización para hombres supremacistas e *influencers* de la Alt-Right que buscan darle la pastilla roja a usuarios corrientes”.¹³

Entre nosotros Ricardo Dudda ha explicado con solvencia qué cosa es esa de la pastilla roja. La metáfora viene de la película *Matrix*, donde Morfeo le ofrece a Neo ver el mundo de verdad tal y como es (pastilla roja) o seguir formando parte de la matriz irreal (píldora azul). Al escoger la pastilla roja, el protagonista ha despertado (*woke*) y conduce a la Humanidad al despertar colectivo. Para Dudda, el concepto ha sido explotado por eso que llamamos machosfera o “grupos de defensa de los hombres”, quienes para el autor son “grupos misóginos que luchan contra una aparente hegemonía feminista”. Así es como los hombres se hacen conscientes de que la auténtica y verdadera discriminación se está produciendo contra los varones blancos. Las guerras culturales contemporáneas son una constante de este tipo de debates, donde unos y otros se acusan de estar sumidos en un engaño colectivo. A lo Marcuse y su hombre unidimensional: creemos ser libres y felices pero desconocemos que nuestra libertad y felicidad son puros fantasmas.¹⁴

Talia Lavin también se infiltró en diversos foros de Internet calificados de problemáticos, donde los hombres allí reunidos alimentaban bajas pasiones nada recomendables. La autora cree que Internet “apesta a misoginia”, misoginia que también es el ruido de fondo de la cultura estadounidense. Sucesos como el

¹³ Vid. EBNER, J; *La vida secreta de los extremistas. Cómo me infiltré en los lugares más oscuros de Internet*, Temas de Hoy, Barcelona, 2020, p. 69 y ss.

¹⁴ Vid. DUDDA, R; *La verdad de la tribu. La corrección política y sus enemigos*, Debate, Barcelona, 2019, p. 173 y ss.

“Gamergate” mostraban a las claras que la cultura misógina era moneda corriente en determinados círculos. Círculos, por lo demás, que cuando se cae el telón del feminismo más recalcitrante, no son sino formas que tenemos los seres humanos de relacionarnos y de poner en común cosas que nos desazonan, buscando apoyo y cobijo en nuestros semejantes.

La autora cree ver aquí una filosofía propia, donde se dice que las mujeres se rigen por la hipergamia y las hordas de ultraderechistas que la integran desatan auténticos infiernos en la vida real, como sucedió en Charlottesville.¹⁵

Para Pablo Stefanoni las cosas no discurren por derroteros distintos. Se basa en pensadores calificados de neorreaccionarios como Curtis Yarvin, para exponer cómo este tipo de pensamiento feminista se produce en las Universidades de la Ivy League y de ahí pasa a los medios de comunicación, quienes lo transmiten a la opinión pública. Según el autor citado, los movimientos por los derechos masculinos saludaron la candidatura en su día de Donald Trump a la presidencia porque así se podría hacer retroceder al feminismo y tendrían, al fin, “un hombre de verdad” en la Casa Blanca.

Para Stefanoni, la reacción antifeminista responde a los avances del feminismo (una vez más se acepta que “el feminismo” consigue “avances”), confundiendo la militancia antifeminista con la antifemenina. Uno puede estar en contra de la primera por no creer en sus principios y no tener problema alguno con las mujeres. Pero tiene razón Curtis Yarvin en esto: la máquina de producir propaganda no tiene fin. Estas trincheras, integradas por perdedores y marginados, al final desarrollan una suerte de mentalidad esquizoide donde se educan en el odio y el temor a la mujer, tendiendo puentes “con los foros racistas, supremacistas y pro alt-right”.¹⁶

Como este último argumento es común a estas posturas, intentaremos explicarlo de la mano de Michela Murgia. Para la escritora, el fascismo se vende como la política del sentido común y, por ello, creen que hay que volver a poner las cosas en su sitio. En ese sentido, empezar por las mujeres es básico. La hembra busca protección y los hombres se lo procuran. Ellos son fuertes y ellas débiles. Así, eludir el papel que la naturaleza nos asigna desestabiliza a ambos sexos. En cuanto a ellos, les hiere y sienten haber sido abandonados, reaccionando de manera desequilibrada y peligrosa.¹⁷

Lo que hemos dicho hasta aquí ha encontrado formulación teórica en las tesis de Michael Kimmel, sociólogo norteamericano que ha acuñado el término “hombre

¹⁵ Vid. LAVIN, T; *La cultura del odio. Un periplo por la dark web de la supremacía blanca*, Capitán Swing, Madrid, 2021, p. 109 y ss.

¹⁶ Vid. STEFANONI, P; *¿La rebeldía se volvió de derechas? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda está perdiendo la iniciativa)*, Siglo Veintiuno-Clave Intelectual, Madrid, 2021, p. 87 y ss. El pensamiento del citado autor, Curtis Yarvin, puede consultarse, por ejemplo, en su blog: <https://graymirror.substack.com/> (último acceso: 9/3/2022).

¹⁷ Vid. MURGIA, M; *Instrucciones para convertirse en fascista*, Seix Barral, Barcelona, 2019, p. 65 y ss.

blanco enfadado”, para describir a ese hombre blanco, heterosexual, de mediana edad, y normalmente de ambiente rural, que siente que ha perdido pie en el mundo debido a los avances igualitarios. Este autor, ampliamente citado en la doctrina al uso en la misma medida en que ignora olímpicamente a autores como Esther Vilar o Chinweizu, tiene uno de los ensayos más comentados sobre la materia.¹⁸

Aun reconociendo nuestro autor como reconoce que los roles de género son “constructos ideológicos abstractos” Kimmel afirma sin tapujos que “el Hombre Blanco Cabreado encarna una minoría en vías de extinción” (!), cuya única salida o solución es “unirse a través de la raza, el género y otras identidades” (?), para acabar diferenciando entre los malos y los buenos. Los malos son hombres que portan una ira atávica, nostálgica, reaccionaria, histórica y, lo que es más importante, irrelevante. Los buenos, por su parte, son trabajadores de clase media, más o menos jóvenes, que se sienten incapaces de mantener a su familia, o de padres que se desviven por unos hijos que el sistema acaba arrebatándoles, u hombres que sufren drásticos recortes en sus empleos o sueldos. Como dice el propio Kimmel, estos últimos “tienen todo el derecho a quejarse”.¹⁹

3. La reacción contra la reacción patriarcal

La reacción contra la reacción patriarcal sería aquel movimiento de reflexión y opinión que considera que la reacción patriarcal no sólo no existe sino que es el hombre, precisamente, el blanco de todas las iras y críticas, de forma tan exagerada y desatinada como injustificada.

Uno de los autores que mejor ha captado esta deriva es Soto Ivars. Parte de la base de que no pocas personas que creen en la igualdad y la libertad rechazan la etiqueta de feminista, viendo en qué se ha convertido el feminismo hegemónico en España: personas que integran el Ministerio de Igualdad, caracterizadas por un puritanismo recalcitrante, la plena desconfianza hacia el deseo masculino, la censura y cancelación de aquello que no gusta, y una propaganda de datos y cifras distorsionadas que fomenta el miedo.

¿Es el movimiento feminista un movimiento que luche hoy día por la igualdad? Nuestro autor tiene serias dudas. Y las tiene porque observa que carece de autocritica y ataca sin piedad en textos que abogan por que el hombre se calle y abandone el ágora si pretende defender la igualdad entre sexos. En textos que acusan al hombre de cometer los crímenes más abyectos por el mero hecho de producir testosterona. En textos que acongojan a las mujeres cuando caminen por la calle por el peligro masculino acechante. En textos que celebran la misandria. En textos que equiparan molestia o torpeza con violación. En textos que quieren censurar la

¹⁸ Vid. VILAR, E; *El varón domado*, Grijalbo, Barcelona, 1973; y CHINWEIZU; *Anatomy of female power*, Pero Press, Lagos (Nigeria), 1990.

¹⁹ Vid. KIMMEL, M; *Hombres (blancos) cabreados. La masculinidad al final de una era*, Barlin Libros, Valencia, 2019, p. 162 y ss.

pornografía porque “genera” violencia sexual, o que expulsan a mujeres consideradas herejes. Textos, en suma, que promueven la castración química de violadores o que impugnan cualquier atisbo de masculinidad por su toxicidad.²⁰

Es en ese clima cultural donde nos dijeron que la nueva masculinidad eran Fernando Simón o Salvador Illa por la forma en que gestionaron la crisis del COVID-19 (¿?). Una de las mejores escritoras que ha dado nuestro país en época reciente, Esperanza Ruiz, dice que, teniendo en cuenta los vientos que soplan, “con que no demonicen la testosterona” es suficiente.²¹ Los sectores más sedicentemente progresistas encuentran irresistible la tentación de prohibir, censurar y, en general, de establecer los términos del debate y los marcos mentales en los que debemos operar, incluso cuando a una tragedia en forma de pandemia se le suma una nefasta gestión. Constatada esta última, solo queda enmarcar el asunto en “la nueva masculinidad” de los gestores, dejando así que salgan indemnes de las responsabilidades que deberían afrontar por lo que hicieron, no por lo que (presuntamente) son. Tiempos de tribulación estos en los que se insiste en juzgar a las personas por lo que son y no por lo que hacen. Peligroso.

Ni que decir tiene que la idea de la *masculinidad tóxica*, es una idea patógena, anticientífica, absurda y corrosiva, como explica Gad Saad. Además de estúpida, en la medida en que pretender patologizar a la mitad de la humanidad, no parece una idea muy brillante si tenemos en cuenta que los humanos nos reproducimos sexualmente. ¿En qué consiste esa toxicidad? En los elementos que nos hacen indeseables como hombres y como seres humanos: ser competitivos en los deportes, exhibir poderío social o físico, evitar las emociones en público, comer carne y cada vez un más largo etcétera. En definitiva, desde el *boina verde* hasta los protagonistas de *Big Bang Theory*, pasando por Donald Trump, nuestros padres, hermanos, abuelos, tíos, primos y todo aquel que no se pliegue a la locura del feminismo radical: todos los caminos conducen a la masculinidad tóxica.

Como ya resulta inevitable, estas tesis empiezan a proliferar en algunas Universidades norteamericanas, donde se celebran conferencias sobre el uso de la moda en aras de combatir la masculinidad tóxica o creando grupos de abrazos terapéuticos para hombres.²² Sólo así se puede entender que una ministra del Gobierno español dijera -copiando unas declaraciones que hizo Hillary Clinton en 1998- que quienes más sufrían la invasión rusa de Ucrania eran las mujeres. Esto lo dijo una vez ya era público que el Gobierno ucraniano había dado permiso para que mujeres y niños pudieran abandonar el país a la vez que obligaba a los hombres a quedarse para combatir los morteros, tanques y metralletas rusas. Vivir para ver,

²⁰ Vid. SOTO IVARS, J; *La casa del ahorcado. Cómo el tabú asfixia la democracia occidental*, Debate, Barcelona, 2021, p. 328 y ss.

²¹ Vid. RUIZ, E; *Whiskas, satisfyer y lexatin*, Ediciones Monóculo, Madrid, 2021, p. 89 y ss.

²² Vid. SAAD, G; *La mente parasitaria. Cómo las ideas infecciosas están matando el sentido común*, Deusto, Barcelona, 2022, p. 125 y ss.

una vez más. Afortunadamente, Alberto Olmos ha explicado -suponemos que en un intolerable ejercicio de *mansplaining*- cómo funcionan de verdad las cosas²³:

“Oías: “*Las mujeres son las que más sufren en la guerra*”. Y era verdad, porque había una cola de 100 kilómetros de mujeres que lo habían perdido todo, salvo a los hijos que llevaban abrazados. Pero entre lo que habían perdido, entre lo realmente importante, no figuraban sus casas o sus coches, sino sus maridos, sus hermanos, sus padres, sus hijos mayores de edad, sus compañeros. Todos estaban dispuestos a morir por ellas, por los niños. Si no estuvieras en medio de una guerra, comprenderías de pronto que ponerse a considerar siquiera quién sufre más en ella, si los hombres o las mujeres, es de una imbecilidad rayana en la psicopatía”.

Por si lo anterior no fuera suficiente, el escritor capta el *zeitgeist* de forma sobrecogedora:

“¿Por qué tienes que ir tú a la guerra? ¿Por ser hombre? (...) mayoritariamente, la guerra la hacéis los hombres, en ambos bandos. Todo el mundo sabe que es vuestro deber. No lo hacéis por gusto. A nadie le apetece morir con 20 años. Pegando tiros que no sabes pegar, nada te queda tan lejos ahora como la posmodernidad, lo líquido y lo fluido, los estudios de género y la nueva masculinidad. La guerra ha vuelto inútil lo complejo, y es, en su horror, increíblemente sencilla. A saber: los niños no pueden morir, porque son el futuro, y tampoco pueden quedarse solos, sin un adulto que los guarde. Las mujeres son también el futuro (...), así que parecen las más indicadas para sobrevivir junto a los niños. Tú no eres el futuro; no eres nada. ¿O acaso creías que la orden 'mujeres y niños primero' en los naufragios tenía algo que ver con la caballerosidad? Es una guerra, y se impone la razón biológica, con una contundencia tan impresionante que nadie necesita la menor explicación. Todo el mundo sabe que los hombres vais a ser exterminados. Porque debajo de todo el sedimento cultural que llevas encima, y al margen de la vida que hubieras tenido si no fueras a morir en esta guerra (...), como hombre nunca fuiste otra cosa que el animal que puede ser sacrificado”.

La cuestión hunde sus raíces en tierras más profundas y presenta tintes altamente preocupantes. Un periodista político como Dave Rubin ha puesto el dedo en la llaga. Dice Rubin que está de moda juzgar a las personas por su color de piel y su género si son hombres blancos heterosexuales, lo cual se le antoja racista y sexista. Pensar que los hombres son malvados por ser hombres es como pensar que la mujer debe estar en casa por el mero hecho de serlo. Pone el ejemplo de EE. UU., un país que fue construido por esos hombres blancos hoy demonizados, desde las carreteras hasta su Declaración de Independencia; desde sus puentes y hospitales hasta escuelas y colegios, pasando por su Constitución -señera para el mundo-. No construyeron tales

²³ Vid. OLMOS, A; “Ser hombre en una guerra: piénsalo bien”, *El Confidencial*, 9 de marzo de 2022 (en línea: https://blogs.elconfidencial.com/cultura/mala-fama/2022-03-09/hombre-guerra-ucrania-rusia_3387764/. Último acceso: 9/3/2022).

instituciones y avances por vanidad o por virilidad: trabajaban para alimentar a sus familias y, así, consiguieron generar una civilización. Eran hombres blancos por *casualidad*, que no por *causalidad*. Recordemos que estamos hablando de un país tan libre que permite que haya personas ganando millones de dólares quejándose de que se les excluye y se les discrimina. Sólo Estados Unidos permite que puedas ganarte la vida -y muy bien- atacando lo estadounidense.²⁴

Autores como Axel Kaiser van más allá y defienden que el llamado patriarcado fue un orden social eficiente basado en diferencias biológicas innatas de hombres y mujeres que, en tiempos de escasez, facilitó la supervivencia de ambos sexos. Dicho con otras palabras, los humanos somos primates evolucionados y como tal creamos estructuras sociales determinadas a tal fin de la supervivencia. Kaiser recuerda que las asimetrías sexuales no solo son casi universales entre los primates sino en cientos de especies. Por eso dicho orden *patriarcal* ha sido apoyado históricamente tanto por mujeres como por hombres, porque les ayuda a sobrevivir, revelándose como el sistema económico más eficiente. Kaiser nos recuerda que la revolución industrial trajo industrialización y comercio y con ellas la oportunidad para las mujeres de ganarse la vida de forma autónoma, libre e independiente.²⁵

Kaiser dedica algunos párrafos al “hombre opresor” y a la “masculinidad tóxica”. Sostiene que si denigramos rutinariamente la condición masculina las mujeres se las van a tener que ver con niños eternos sin incentivo para madurar, cayendo en una crisis de inseguridad y ansiedad. El recorrido de este tipo de pensamientos es bastante claro: si los hombres se comportan como bebés, cuanto más se adecuen a los cánones feministas, menos los querrán las mujeres. No obstante, en 2018 la Asociación Estadounidense de Psicología llegó a recomendar el tratamiento de hombres y niños contra la ideología masculina tradicional porque es un “constructo social basado en el patriarcado”, lo cual le valió fuertes críticas científicas en un número especial de la revista *Quillette*. ¿Qué críticas formularon autores como Christina Hoff Sommers, o Keith Campbell? Por un lado, que competir y canalizar la energía y el potencial de agresión mediante la competición deportiva es un impulso fundamental al que se debe dar una salida adecuada; si se reprimen pueden derivar en diversas patologías. Ante el explícito deseo de “reprogramar los modales sexuales de los adolescentes hombres para que sean aptos para un mundo feminista”, los primeros informes que dan cuenta de sus “resultados” demuestran niños aterrorizados de por vida. Los diferentes datos que provienen de varios procesos de divorcio, o de fenómenos como la cara más oscura del #MeToo, al final arrojan un saldo en forma de verdad muy poco halagüeño: “si los hombres viven preocupados por acusaciones falsas de acoso o agresión dejarán de hacer el esfuerzo de ayudarlas”. He ahí una cruda verdad que convendría atender.

²⁴ Vid. RUBIN, D; *No quemes este libro. Huye de la mafia progre y piensa por ti mismo*, Planeta, Barcelona, 2021, p. 159 y ss.

²⁵ Vid. KAISER, A; *La neoinquisición. Persecución, censura y decadencia cultural en el siglo XXI*, Deusto, Barcelona, 2020, p. 259 y ss.

Para Kaiser, las universidades norteamericanas de la *Ivy League* han creado y propalado sin rubor mitos como el de la “violación sistemática” o el de la “depredación sexual masculina”, completamente falsos. La liberación sexual femenina, antaño una reivindicación importante, hoy en día no se acepta bajo ningún concepto en según qué ambientes. Hasta ese punto han llegado las cosas que se hizo necesario aquel famoso Manifiesto firmado en Francia por diferentes personalidades donde defendían, lisa y llanamente, la libre interacción entre ambos sexos.

David Benatar ya explicó hace algún tiempo la existencia de un “segundo sexismo” contra los hombres.²⁶ El problema es que se reconoce e incluso se niega. Pero la realidad es tozuda, como dice el tópico, y no sólo existe, sino que hiere realmente a los hombres. Benatar llega a algunas conclusiones del mayor interés. La primera, que el feminismo no tiene por qué discriminar a los hombres, pero en ocasiones lo hace, en asuntos tan peliagudos como la violencia, los abusos sexuales, la circuncisión, la educación, o el cumplimiento de ciertas penas de cárcel. La segunda, que las mujeres han sido discriminadas respecto a los hombres, pero no en todos los lugares ni en todos los ámbitos. La tercera, que debemos adoptar medidas que combatan tal discriminación igual que combatimos la discriminación contra la mujer, recuperando la sacrosanta igualdad ante la ley.²⁷

Es por eso que se entiende la dura crítica que Rebeca Argudo le dedica al feminismo hegemónico imperante. No ya por adanista, simplista y tuitivo, que también, sino sobre todo porque “mantener hoy en día la idea de la existencia de un Estado patriarcal en Occidente que mantiene a la mujer subyugada es negar todos los avances y logros sociales en los últimos tiempos”. Así las cosas, dicho feminismo se halla en una disyuntiva de la que no le resultará fácil salir porque siempre pretende ser el diagnóstico correcto sin aceptar enmienda en contrario siquiera parcial: si le das la razón es porque la tiene o de lo contrario eres víctima del heteropatriarcado.²⁸

Roxana Kreimer y Rachel Fulton Brown también defienden la inexistencia del patriarcado hoy, autoras ambas de un pensamiento original y profundo que suele ser convenientemente orillado por los textos feministas al uso.

La profesora Kreimer entiende que los hombres se encuentran hoy en día como las primeras sufragistas, puesto que la sociedad no es consciente de su discriminación. Desde que el patriarcado se convierte en una gran opresión de hombres contra

²⁶ BANATAR, D; *The second sexism: discrimination against men and boys*, Oxford, Massachussets, 2012, p. 255 y ss.

²⁷ Feministas libertarias como Wendy McElroy y Karen De Coster han desmontado las presuntas virtudes de las acciones afirmativas. Vid. BLANCO, M; *Afrodita desenmascarada. Una defensa del feminismo liberal*, Deusto, Barcelona, 2017, p. 205 y ss. Aunque quizá el término que mejor las defina sea feminista individualista o ifeminista. Vid. MCELROY, W; “Una defensa feminista de los derechos de los hombres”, *Centro Mises*, 23 de enero de 2015, en línea: <https://www.mises.org/es/2015/01/una-defensa-feminista-de-los-derechos-de-los-hombres/> (último acceso: 8 de marzo de 2022).

²⁸ Vid. ARGUDO, R; *El feminismo hegemónico: más machista que el machismo*. En TEY, M (ed); *Hombres y sombras. Contra el feminismo hegemónico*, Economía Digital, Barcelona, 2020, p. 88 y ss.

mujeres se deshumanizó la figura del varón. Ofrece ejemplos de esas desventajas y discriminaciones que padecen los hombres: mueren más por homicidios, se suicidan más, abandonan en mayor medida los estudios, sufren el secuestro parental, mueren más en accidentes de trabajo, mueren más en la guerra. Trabajan más horas fuera de casa, viven una vida más corta, hay muchos más hombres sin techo, sufren cierta brecha judicial (más condenas y más castigos), y sufren en ocasiones el fraude de paternidad.

Además, existe la ablación genital masculina, la circuncisión, y algunos menores son víctimas de la explotación laboral y sexual, así como de agresiones sexuales. En fin, los hombres suelen obtener muy pocas veces la custodia de sus hijos. ¿Oímos quejas sobre estas situaciones? ¿Están en la agenda política o institucional? ¿Alguien les tiene en mente en la academia española? ¿Y en nuestro feminismo académico, ese que dice preocuparse tan honda y sentidamente por la igualdad? Todos sabemos la respuesta, por lo demás atronadora en su lacerante silencio.²⁹

La profesora Fulton Brown, por su parte, dirá que cuando la mujer blanca inventa la idea de la caballeridad y el amor galante (María de Francia o Eleonor de Aquitania) los hombres blancos aceptaron que era mejor para ellos emplear el tiempo en proteger a las mujeres antes que a cualquier otra cosa. Incluso algunos prefirieron escribirles canciones antes que albergar la expectativa de tener sexo sin consentimiento. Además, el matrimonio era un sacramento válido solo si la mujer y el hombre daban su pláacet, y ellos asumían el compromiso de ser buenos maridos antes que esperar de las mujeres que fueran sus esclavas. Por si lo anterior fuera poco, cuando las mujeres inventaron el feminismo los hombres las apoyaron (Stuart Mill) y votaron a favor de que pudieran votar. Puro patriarcado.³⁰

Otra idea importante en este debate es la del *Hombre Desechable*, conocida en Estados Unidos y desconocida en nuestro debate igualitario. Karen Straughan sostiene que la sociedad pone al hombre en último lugar y espera del hombre que se ponga en último lugar. La metáfora del *mujeres y niños primero* se refiere a una situación donde el barco se hunde y quienes se quedan a bordo son ellos. Si tuviera que elegir, prefiero ser objeto sexual de alguien antes que ser despedazado en una guerra, dada la proverbial manía del hombre de cumplir con el cometido que su sociedad deposita en él, jugándose el tipo sin rechistar. Straughan lo ve claro: una vida vale más que otra. La de la mujer vale más que la del hombre. El hombre es desechable. Si un hombre quiere mayor estatus se embarcará en una carrera casi fin y sin desmayo por alcanzarlo (nadie le obliga, pensarán las mentes más cicateras). Si una mujer lo desea, basta con existir.³¹

²⁹ Vid. KREIMER, R; *El patriarcado no existe más*, Galerna, Buenos Aires, 2020, p. 56 y ss.

³⁰ Vid. FULTON BROWN, R; "Talking points: three cheers for white men", <https://fencing-bearatprayer.blogspot.com/>, 5 de junio de 2015. Último acceso: 11/03/2020.

³¹ He podido ver sus amplias e interesantes reflexiones en su canal de YouTube, llamado "Girl Writes What". Vid. STRAUGHAN, K; "Feminism and The Disposable Male" (2011). En línea: <https://www.youtube.com/watch?v=vp8tToFv-bA> (último acceso: 9/3/2022).

La pensadora aporta datos que inducen a la reflexión. Si dos bebés lloran, atendemos antes a la niña que al niño. ¿Qué nos enseña esto? Que ellas serán ayudadas y consoladas y ellos deben gestionar sus emociones en soledad. Ellas importan. Ellos, no tanto. Ignoramos sus sentimientos. Su salud es importante, claro, pero un poco menos. Quizá por eso nos cuesta más ponernos bronceador o ir al médico; convencerlos de ello es misión casi imposible. Enseñamos a los hombres desde la cuna a que interioricen su propia *desechabilidad*. A ellas las entrenamos para que sepan que tienen reservado un sitio en el bote salvavidas (ese final de *Titanic*). Negamos la humanidad más básica de los hombres mientras reafirmamos la de las mujeres. ¿Ha hecho algo el feminismo para romper con esta tendencia? No, que nosotros sepamos, nos dice Straughan. Ha contribuido, antes al contrario, a reforzarla. Cuando descartan la protección al hombre que sufre violencia doméstica, refuerzan la idea de su nula importancia. Sus angustias, miedos e incluso su propia vida, no importan a nadie.

El feminismo explota la idea de que la mujer debe liderar todo lo bueno y ganar todo lo apetecible. Lo hace gracias al pacto que promueve -aunque a veces lo niegue- con la caballerosidad, pues así siempre irá primero ella. Antiguamente, la hombría era valorada, admirada, celebrada y recompensada. Ahora, esperamos e incluso exigimos que los hombres acepten de buen grado ser los últimos, pero sin admiración que valga. Antes al contrario, priman los insultos y vejaciones. Y nos extraña que se enfaden...

Resulta pertinente ahondar en esta idea y nada mejor que hacerlo de la mano de las tesis de Horacio Vázquez-Rial.³² El autor cree que los hombres hacen todo por ellas, sin parar mientes. Pero el hombre duro ha sido aniquilado y el feminismo radical ha vulgarizado las conquistas igualitarias, llamando machista a todo lo que se mueva. La imagen del varón que nos ofrecen los medios es repugnante: maltratador en potencia, criminal, violador de su propia esposa, portador de SIDA. Se hace esto despreciando olímpicamente la realidad dado que la inmensa mayoría de personas occidentales morimos en la cama. Feministas totalitarias como Mckinnon llevan décadas haciendo creer a las mujeres que son una clase social enemistada con la otra clase social, el hombre. No existe la aproximación casuística. Todo es trazo grueso.

Vivimos pendientes de no cometer *el gran error*. Nos hacen creer que hemos cometido un gran crimen, cuyo carácter no podemos precisar, ni sabemos cuál es, pero nos sabemos incapaces de demostrar nuestra inocencia. Vivimos con miedo al desprecio, a la impotencia y a la soledad, sintiendo “la desnuda y constante zozobra”. El resultado es un hombre débil y pusilánime que nunca tendrá el amor de las mujeres. Y todo por un delito que jamás cometió ni soñó cometer.

Otro aspecto importante es el hecho de orillar del factor biológico. El igualitarismo totalitario estigmatiza tal cosa y la niega y combate porque cree que la Ciencia es

³² Vid. VÁZQUEZ-RIAL, H; *Hombres solos. Ser varón en el siglo XXI*, Ediciones B, Barcelona, 2004, p. 35 y ss.

patriarcal, lo cual es un disparate. Para Vázquez-Rial no existe diferencia sostenible sin igualdad ante la ley. O se es diferente desde el ciudadano individual o entramos en la “carnicería generalizada”. Por eso advierte sobre la inflación de la palabra “cultura”, hablando de cosas como la cultura del maltrato o de la violación. Morimos miles más en la carretera y nadie habla de *cultura del accidente*.

En suma, hombres y mujeres son hoy, al menos en Occidente, iguales ante la ley. Subsisten ciertas desigualdades residuales pero inevitables, como las que impone la naturaleza. Mezclarlo todo solo genera problemas imaginarios y da pie a disparar por elevación mediante propuestas que suenan a *solución final*. Liquidar a la familia, el patriarcado y lo que se tercie. Muchas mujeres no están luchando para la liberación femenina en las sociedades más retrogradadas del planeta sino “en la condena cotidiana de los hombres que viven con ellas y tienen hijos con ellas”. El problema del género no es del género: es un problema político imaginario y por lo tanto no tiene otra solución real que su desactivación. Entre tanto los hombres debemos tener en cuenta que el mecanismo en cuyo interior estamos atrapados es considerablemente simple: “consiste en tratar de hacernos creer exactamente lo contrario de lo que necesitamos saber”. Nada se gana con la renuncia a la propia condición. Para quien quiere cambiar de veras algo, no es coactivamente como se logra, pues obligarnos a algo no lleva a la virtud sino a la mera obediencia.³³

A estas denuncias se han autores como Laje y Márquez, arguyendo que el hombre se ha convertido en blanco de desprecio absoluto y concebir una relación amorosa con él equivale a dormir con el enemigo. Así es como Andrea Dworkin pudo decir que todo coito heterosexual es una violación y el matrimonio la licencia legal que lo permite. Sheila Jeffreys creía que el coito heterosexual era el fundamento que sostiene el patriarcado. Y Monique Wittig insistía en que ser lesbiana era rechazar el poder económico, ideológico y político de un hombre. Con estos mimbres, se entiende que la segunda y tercera ola del feminismo generase la visión de que hombres y mujeres son “sujetos irreconciliables”.³⁴

Es importante reseñar que la persecución del hombre tiene que ver con la exigencia de una presunta responsabilidad colectiva por lo que hicieron nuestros antepasados, actitud muy de moda que da pie a cancelaciones, derribo de estatuas o quema de libros. Jordan Peterson explica por qué no hay que asumir culpas colectivas basadas en el resentimiento: porque no las tenemos. Si el problema es la masculinidad, o la femineidad, todo hombre y/o toda mujer será atacado y denigrado por el mero hecho de serlo, no por lo que hagan o dejen de hacer. Se ha creado un marco mental en el

³³ Esta última reflexión la tomo de BLANCO, M; *Afrodita desenmascarada. Una defensa del feminismo liberal*, Deusto, Barcelona, 2017, p. 166.

³⁴ LAJE, A; y MÁRQUEZ, N; *El libro negro de la nueva izquierda: ideología de género o subversión cultural*, Unión Editorial, Buenos Aires, 2016, p. 89 y ss.

que se sigue la lógica del diablo exterior y el ángel interior: los hombres (ellos) son enemigos de las mujeres (nosotras).³⁵

Peterson cree que es más adecuado y mucho menos lesivo para con el mundo una estrategia de acción que parta de la base de que cada persona batalla la eterna lucha entre el bien y el mal. Cada uno de nosotros somos *el enemigo* para con nosotros, son nuestras debilidades y deficiencias las que dañan al mundo y no al revés. Es imposible combatir el patriarcado, o cosas parecidas, porque es inabarcable y resulta demasiado ambiguo. En ese sentido, debemos imaginar nuestros problemas no culpando a otros, a una escala que permita resolverlos, responsabilizándonos del resultado de nuestras acciones. Tal cosa como el patriarcado es una representación de la realidad muy falseada, de escasa resolución, porque oculta trozos enormes del mundo.

Resulta imprescindible acercarse al buen pensamiento original para saber qué caldo de cultivo ha propiciado el florecimiento de este tipo de ideas. A tales efectos es reseñable la contribución de Robert Redeker.³⁶ El filósofo francés nos dice que hemos desechado la admiración. La gente trivializa lo que le supera. Por eso nos reímos con la excusa del humor o de la ironía de cosas que, en verdad, nos da miedo siquiera plantearnos. Admirar es rendir culto a la desigualdad y hoy día eso es un anatema intolerable. Ya no hay héroes, porque no existe la transmisión de lo heroico que antaño ocupaba a las instituciones tradicionales.

La *deconstrucción* expulsa al héroe y al santo de nuestra cultura. El coraje ya no es virtud del estrato intelectual dominante, como denunció ese gran hombre que fue Solzhenitsyn. El valor es ante todo luchar contra uno mismo y resistir a tu propio ego. La era de la deconstrucción es la época de la sospecha generalizada. Rige una pulsión aniquiladora alimentada por tesis como la de Pierre Bordieu, quien decía que todo intelectual debía sospechar de todo. La izquierda cultural difunde la sospecha de que todo hombre es correa de transmisión del patriarcado.

Para ser valiente se necesita creer en la verdad, saber olvidar, y ser algo ingenuo. Si creamos algo es para echarlo abajo al minuto siguiente, *a la Foucault*. Por eso nos encanta fabricar héroes artificiales, sucedáneos y parodias y vemos toda norma como algo antiguo, arcaico, desagradable y poco divertido.

Pensar siempre ha sido turbador, se interrogación no puede el pensamiento abrirse paso. ¿Qué es el hombre?, se pregunta nuestro autor. El hombre es el ser vivo capaz de admirar. Hay una moralina constante que no tiene fin en eso de ordenar el presente y juzgar el pasado en esta era identitaria. Pero olvida esto: hay condenar lo que está mal y hay que hacerlo no por culto a ninguna época ni víctima sino porque está mal desde el punto de vista moral en su escala más básica. Para Redeker,

³⁵ Vid. PETERSON, J; *Más allá del orden. 12 nuevas reglas para vivir*, Planeta, Barcelona, 2021, p. 216 y ss.

³⁶ Vid. REDEKER, R; *Los centinelas de la humanidad. Filosofía del heroísmo y de la santidad*, Homo Legens, Madrid, 2020, *pássim*.

nuestros santos nos juzgan, nos interpelan, y siembran en nosotros el ejemplo de la vida. Somos herederos y legatarios de una tradición y de una civilización. Todo lo que sea salirnos de ahí es convertirnos en *hombre-zombie*, angustiado, derrotado y devorado por la insignificancia. La *filosofía queer* como ejemplo de la carrera de las sociedades occidentales hacia el vacío.³⁷

Pensemos por un momento en un asunto tan peliagudo como el de la violencia de género. El concepto basilar resulta inoperante, los datos son parciales, sesgados e incorrectamente interpretados, y las consecuencias que se extraen son a corto, medio y largo plazo las peores posibles, pues inducen a tomar medidas que no sólo no consiguen erradicar el problema sino, antes bien, lo engordan sin remedio. Esto merece una explicación.

Es conocido que el hombre delinque muchísimo más que la mujer. Según las estadísticas de la población reclusa que ofrece el Ministerio del Interior, de los 55.180 internos en prisión, 51.165 son hombres y 4.015 son mujeres. 92.7% y 7.3% respectivamente. Si acudimos a los datos respecto de la violencia doméstica, en el año 2016 hubo 4.289 mujeres víctimas y 2.574 hombres. Las condenas penales por este motivo recayeron sobre 3.325 hombres y 2.291 mujeres. Todos por violencia doméstica. Para Edurne Uriarte, los datos muestran que la violencia no tiene género y que las mujeres también la ejercen en el ámbito familiar. Existe una diferencia obvia y cada vez más grande entre hablar de violencia de género (sólo del hombre contra la mujer) y la violencia doméstica (la que se ejerce en el marco del hogar). Por eso autoras como Cuca Casado han propuesto términos alternativos que se antojan más realistas y omnicomprensivos tal y como el de “violencia de la pareja íntima” (VPI).³⁸

Sabemos que la legislación que combate este fenómeno ha sido un ariete ideológico más que una solución real, pues desgraciadamente los números no han bajado desde la entrada en vigor (2004) de la norma. Por eso Uriarte habla de elementos abusivos y consecuencias claramente discriminatorias contra los hombres, con un Tribunal Constitucional que no supo sustraerse al influjo del clima social dominante cuando dictó las sentencias que convalidaron dicha legislación. Además, la politóloga también comenta el problema de las denuncias falsas, que califica “de envergadura”. Casi un 80% de las denuncias por presunta violencia de género acaban en nada. Se interpondrían, pues, porque ofrece todo tipo de ventajas a las mujeres en los procesos de divorcio y de custodia de los hijos. Nadie aborda la cuestión porque es un tabú donde la posverdad campa por sus respetos. También existen motivos económicos o políticos, como demostró el *caso Kavanaugh*, de 2018, donde al feminismo dominante le dieron igual las pruebas.

³⁷ La *obsesión identitaria* ya fue tratada por WEAVER, M; *Las ideas tienen consecuencias*, Ciudadela, Madrid, 2008, p. 50 y ss; y por MARÍAS, J; *La mujer en el siglo XX*, Alianza, Madrid, 1980, p. 94 y ss.

³⁸ Vid. URIARTE, E; *Feminista y de derechas*, Almuzara, Córdoba, 2019, p. 135 y ss; y CASADO, C; “Violencia de género”. En ARIÑO, E (coord.); *Desmontando el feminismo hegemónico*, Unión Editorial, Madrid, 2020, p. 153 y ss.

En definitiva, la expresión *violencia de género* es en sí misma un concepto con trazas ideológicas, según el cual la violencia masculina es producto de un rol construido por la sociedad heteropatriarcal, a manos de unos hombres que sólo dejarán de ser violentos cuando sean reeducados por la escuela o similares.³⁹

Si se quisiera contextualizar la violencia de género, explica Cuca Casado, deberíamos acudir al *Informe sobre el homicidio en España (2018)* un estudio exhaustivo con datos que conviene retener. Los hombres matan y mueren mucho más. El 89% y el 61%, respectivamente. Los homicidios a manos de hombres contra otros hombres son el 62%. De hombre a mujer, el 28%. De mujer a hombre, el 7%. Y de mujer a mujer, el 3%. Con todo y con eso, España tiene una de las tasas anuales más bajas de homicidios de mujeres de toda Europa. Además, la llamada violencia de género correlaciona con la violencia general: cuanta más violencia se despliega en una sociedad, más violencia de género existirá. Un ejemplo extremo de esta lacerante realidad es el feminicidio que acaece en Ciudad Juárez.⁴⁰

Esto que se acaba de decir tiene que ver con las dificultades que plantea el género como concepto analítico, generando problemas de los que resuelve. Siguiendo a Pablo de Lora, existen básicamente tres razones por las que ciertos sectores feministas se resisten a emplear la categoría “sexo”. La primera es no querer incurrir en “esencialismo biológico”.⁴¹ La segunda es que se cree que el sexo no es una dicotomía sino un espectro. La tercera es por ser inclusivos con las personas transexuales.

El filósofo del Derecho no está de acuerdo con ninguna de ellas. Por un lado, porque no tiene sentido tratar de ocultar que existen en promedio diferencias biológicas relevantes entre mujeres y hombres, es decir, por sexo. De ello no se deduce esencialismo alguno. Desconocer, o no querer reconocer, que las diferencias hormonales, fisiológicas y genéticas son relevantes y se manifiestan de varias formas es incurrir en la falacia moralista (del deber ser al ser: mujeres y hombres no deben ser tratados desigualmente ergo son iguales). Recuerda Pablo de Lora que la igualdad como principio o valor no deriva de la naturaleza de las cosas sino de constatar que ciertas diferencias biológicas son irrelevantes. Si yo soy más fuerte o menos alto que una mujer, eso no significa que la mujer o yo no tengamos derecho al voto.

Para Pablo de Lora esa ceguera supone negar directamente las buenas razones que puede haber para un tratamiento diferenciado en beneficio de las mujeres. Es obvio que las patologías cursan por sexo. Una mujer no sufre cáncer de próstata y un hombre no padece el de útero. O las enfermedades coronarias, que se abordan médicamente de forma distinta si el paciente es hombre o mujer. Como dice con

³⁹ Vid. DE PRADA, J.M; *Una enmienda a la totalidad*, Homo Legens, 2021, p. 218 y ss.

⁴⁰ Vid. CASADO, C; *cit*; y DE LA PUERTA, J; *Refutación del feminismo radical*, Almuzara, Córdoba, 2019, p. 314 y ss.

⁴¹ Vid. DE LORA, P; *El laberinto del género. Sexo, identidad y feminismo*, Alianza, 2021, p. 24 y ss.

expresión muy elocuente: se trata de ser iguales en la atención médica a pesar de las diferencias.

El COVID-19 ha puesto de manifiesto que las diferentes biológicas existen y son importantes. El acervo científico con el que contamos muestra que los hombres tienen menor respuesta inmunológica y sobreviven menos una vez contagiados. Además, cuando se hicieron los ensayos clínicos para lograr una vacuna eficaz, se hubo de realizar estudios específicos segregados por sexo. Ignorar la naturaleza es, nos dice de Lora, tirar el niño con el agua sucia.

El sexo juega un papel capital en la reproducción, como sucede buena parte de las especies. Los hombres producen espermatozoides y las mujeres óvulos y, aunque haya casos donde se dé cierta ambigüedad (hermafroditas ayer, intersexuales hoy), la regla general es la que es. Que haya casos ambiguos a los que debemos dar respuesta adecuada no implica que la regla general no sea el dimorfismo sexual, que es el que nos lleva a hablar de mujeres y de hombres. Este hecho, el del dimorfismo, es un hecho natural que no depende de nuestras intenciones, deseos o creencias.

Uno de los mejores cronistas de nuestro tiempo, Juan Manuel de Prada, entiende que ese combate contra el “heteropatriarcado” tiene en mente un hombre entre problemático, inexistente y acoimplejado. Con las propias palabras del escritor:

“El hombre patriarcal del imaginario feminista ha sido sustituido por divorciados que se alimentan con pizzas recalentadas en el microondas, por pajilleros compulsivos que se disfrazan de *planchabragas* para que sus amigas les perdonen la vida y les pasen la mano por el lomo, por mozos viejos adictos a Tinder (y a Grindr) que se pulen la jubilación de sus padres jugando en casinos virtuales, por botarates tatuados que reparten las horas entre drogas de diseño, el gimnasio y las series de Netflix y abominan de las responsabilidades familiares. Este es el patético panorama de la masculinidad en esta fase de capitalismo bulímico; y este es el caldo de cultivo donde se incuba el huevo de la serpiente: porque todos estos hombres/piltrafa que se fingen tolerantes, comprensivos y feministas son en realidad sacos de pus a punto de reventar, un tsunami de resentimiento y violencia que no tardará en desbordarse”.⁴²

Ana Iris Simón también ha participado certeramente en el debate.⁴³ Siguiendo a la Plath, cree que “toda mujer ama a un fascista”. Dice así la escritora:

“que lo de los hombres deconstruidos era una filfa serrana, que nuestros padres no podrían ser jamás llamados hombres deconstruidos, pero que cocinaban y limpiaban y trabajaban y cuidaban más y mejor y tenían las cosas más claras (...) mi padre se había dedicado a cuidar a mi hermano durante dos años declinando trabajar, pero claro (...) miraba a las mujeres guapas que cruzaban los pasos de cebra cuando íbamos en el coche (...) y ahora eso es

⁴² Vid. DE PRADA, J.M; *Una enmienda a la totalidad*, Homo Legens, Madrid, 2021, p. 212 y ss.

⁴³ SIMÓN, A.I; *Feria*, Círculo de Tiza, Madrid, 2021 (14ª edición), p. 154 y ss.

fascismo y pecado mortal. Porque si una lleva una falda o un escote de un tiempo a esta parte lo lleva para sí misma o en nombre del empoderamiento, una de dos, y que no me mire nadie porque machete al machote y madre mía qué fuerte e independiente con mi falda, que era a lo que me reducían antes, a ser dos piernas y poca tela y me quejaba y con razón y ahora como por arte de magia resulta que eso es signo de empoderamiento, pero no puede mirarlo nadie. Nos hemos encerrado tanto en nosotros mismos, nos hemos individuado tanto y hemos hecho tantos esfuerzos por acabar con lo de las dinámicas de poder (...) que hemos terminado creyendo que no provocamos ningún efecto (...) aunque las mujeres nos lo hemos creído a medias, como todas las mentiras que nos contamos a nosotras mismas”.

Continúa la escritora diciendo que:

“Por eso rara vez nos ponemos escote y los labios rojos para estar solas en casa (...) y negar que un escote bonito es enseñado de cuando en cuando para ser visto, solo cuando quiere ser visto, cuando quiere ser mirado, además de ridículo niega parte de nuestro poder como mujeres, un poder que no se reduce a lo bello y lo sexual pero del que lo bello y lo sexual forman parte (...)”.

¿Y por qué ha sucedido todo esto que hemos relatado aquí? Un autor como R.R. Reno ha estudiado la cuestión en un libro brillante.⁴⁴ Nuestro autor cree tal cosa sucede porque el consenso hegemónico desde finales de la II Guerra Mundial rinde culto al dios *débil* de la apertura. Vive atrapado en “lo que pasó” en el siglo XX y en consecuencia reputa todo lo “fuerte” como “totalitario”. Toda verdad o amor fuertes son opresivos y por ello deben arrumbarse. Ahora se rinde tributo a los dioses débiles, esas poderosas ortodoxias que gobiernan la vida pública de Occidente. Y el feminismo sería una ortodoxia sin igual, un catecismo a repetir sin margen para la duda o la disensión.

Estaríamos ante una mentalidad profundamente antioccidental, por lo demás, cosa que no deja de causar asombro y lamento. Una mentalidad que siempre considera que combatir este tipo de *malas hierbas* implica el retorno del fascismo o algo parecido, hipermoralizando nuestra convivencia al punto de hacerla prácticamente insostenible.⁴⁵ No necesitamos más diversidad e innovación: necesitamos un hogar. Necesitamos lealtad y solidaridad, no apertura y debilidad.

Pero no fue así como sucedieron las cosas. Karl Popper y su visión de la sociedad abierta como antídoto al totalitarismo. Friedrich Hayek y su aviso sobre el camino de servidumbre que deriva de pensar en términos colectivos. Max Weber y su fría racionalidad científica que gobernará las sociedades de acuerdo con datos empíricos extraídos de fenómenos observables. Los *maestros de la sospecha* (Freud, Nietzsche

⁴⁴ RENO, R.R.; *El retorno de los dioses fuertes. Nacionalismo, populismo y el futuro de Occidente*, Homo Legens, Madrid, 2020.

⁴⁵ Vid. MALO, P; *Los peligros de la moralidad. Por qué la moral es una amenaza para las sociedades del siglo XXI*, Deusto, Barcelona, 2020.

y Marx), sirviendo de base para que movimientos como el feminista crean ser diques de contención frente a la personalidad autoritaria. Escritores por lo demás admirables como Albert Camus, nos dicen que debemos conformarnos con pequeños mundos, una salud aceptable, algo de desahogo económico, y los placeres del día a día. Nada de trascendencia.

Milton Friedman está de acuerdo con John Rawls en que hay que mantener fuera de la política los valores y la moral porque eso conducirá a guerras inciviles. Camus quería privatizar la vida moral. Friedman quería privatizar la vida política. Derrida y Vattimo, uno con la deconstrucción y otro con el pensamiento débil pretenden desmantelar todo conocimiento y hacernos ver que no existe nada estable. Abogan por un mundo sin verdad, y donde no tenemos deberes comunes ni compartimos lealtades.

Filósofos posmodernos como Richard Rorty decían que la verdad es aquello que tus contemporáneos te permiten decir y John Rawls defendía que las “doctrinas abarcadoras” quedasen fuera de la política y la razón pública se limitara a los argumentos abiertos a todo el mundo.

Reno entiende que esto es pura dictadura del relativismo para minar la autoridad del dogma. En lo que hace a nuestro objetivo, sería destruir al “hombre” y hacer de él un terreno de juego para las nuevas masculinidades (en concreto, las que se le ocurran a sus próceres, quienes nunca asumirán los restos del naufragio, huelga decir). Todo es “moral de situación” (Fletcher): el razonamiento moral basado en principios universales es una desconsideración hacia las particularidades de cada uno y sus irreductibles circunstancias. Debemos ir a lo pequeño. Paradójicamente, el descreimiento se convirtió en el culmen de la fe.

Heidegger ya advirtió sobre esto: el desencantamiento es un destino frío y funesto y deja un peligroso vacío. Reno le toma el testigo cuando dice que espiritualmente analfabetos, abandonados y vulnerables, quienes viven en un mundo dejado de la mano de Dios se refugian en los narcóticos del autoengaño espiritual, la ocupación frenética y-por encima de todo- la dominación tecnológica, una mentalidad que promete poder, pero que lo transforma todo en recursos para nuestra explotación y control. Con otras palabras: a Heidegger le preocupaba nuestra predilección por fabricar dioses falsos.

Hemos abandonado a los dioses mediante ese culto al éxito mundano, cutre, consumista, del cual Estados Unidos era la manifestación palmaria que acabaría por llegar a Europa (como así ha sucedido). Heidegger quería hacer una nueva filosofía, haciéndolo fuerte, no débil. Heidegger prefiere la quietud, el silencio, la espera. Derrida anhela el movimiento, el charloteo de los textos y el juego. Heidegger entiende que pensar es entrar en el claro de un bosque, un lugar por donde penetra la luz. Vattimo cree que debe ser aligerar, reducir aquello que amenaza con sobrecargarnos.

La postura política dominante en Occidente se ha vuelto cada vez más tecnocrática: al parecer sólo necesitamos expertos que planeen nuestra vida en base a hechos. Los movimientos contraculturales no son tal: las élites los abanderan y los premios les frecuentan. Pero ellos nos siguen vendiendo como grandes logros morales, culturales y políticos el estar desencantados y la debilidad. Con razón se ha acabado imponiendo una mentalidad terapéutica, de bienestar psicológico y adaptación social gracias a la autoayuda.

El debilitamiento se ha convertido en la forma de pensar obligatoria y nos dicen que así debe ser para que otro Hitler no venga. Ahora estamos rodeados de terapias, no de enseñanzas. La diversidad, el multiculturalismo, el feminismo son terapias: no aprendemos sobre ellas, nos educan *en* ellas. Reno insiste en el argumento: esta es la ideología de las clases pudientes.

El consenso de posguerra está incubando cuando no alentando una crisis política, pues está convirtiendo a la mayoría de los ciudadanos de Occidente en personas sin hogar. Si siguen así, harán de todos unos refugiados. Nuestros dirigentes han dejado de tenernos lealtad, ya no protegen y preservan el reino donde construir y sostener un hogar compartido.

Lo dijo Durkheim: toda sociedad siente, a intervalos regulares, la necesidad de defender y reafirmar los sentimientos e ideas colectivos que le confieren su unidad y carácter. No podemos vivir en una sociedad sin mitos, de una autoridad sin rituales, y de una realidad sin sueños. Los hombres somos animales sociales y necesitamos del aroma de lo común. No podemos eludir que una visión rigurosamente anti utópica es en sí misma peligrosamente utópica justo por eso, porque la batalla contra el embrujo ideológico y la personalidad autoritaria puede ser implacablemente ideológica a su manera.

¿Qué son los dioses fuertes? Todo aquello con suficiente poder para inspirar amor. El amor es siempre excéntrico, nos empuja a salir de nosotros mismos rompiendo las barreras de una existencia egocéntrica. ¿Existe amor en el seno del movimiento feminista hoy o, más bien, rabia, rencor y resentimiento? Juzgue el lector de estas líneas, que ya acaban, pero no olvide que nada ha conseguido destruir nuestra naturaleza humana y nada lo conseguirá.

Después de todo lo dicho, queremos finalizar el análisis de la cuestión intentando aportar un elemento que aporte algo de claridad al marco. Es el pensamiento de Andreski, sociólogo que dio en su día varias claves para entender por qué ciertas ciencias y científicos sociales dicen lo que dicen. Andreski entendía que la posición de un experto así se asemeja a la de un brujo: su cartera de clientes pedirá oír lo que quiere oír, o será castigado como los médicos de la corte que no acertaban con la cura. Estos brujos se suelen basar en hipótesis nada verificables, esquivando así la prueba del pragmatismo (la vida real, vaya, la vida de verdad). Estas actitudes tienen mucho de puramente especulativas, estimulando y no curando las enfermedades que dicen combatir. Siguiendo este razonamiento, es probable que quienes defienden la tesis de la reacción patriarcal no sólo no consiguen paliar ninguno de

sus efectos negativos, sino que necesitan de los mismos para seguir adelante, para cargarse de razones.

Andreski también hizo hincapié en la facilidad con que los brujos siguen modas intelectuales y se clasifican sin pudor en izquierda/derecha, cosa que nadie ha acertado a decir qué es. Ha quedado demostrado más arriba que este tipo de tesis vienen sobre todo de la Academia norteamericana. Ponen más atención en los efectos que causan sus palabras que en la verdadera corrección de estas. De ahí que necesiten de etiquetar todo con términos, a ser posible, que sólo entiendan los ya iniciados por estos mistagogos. Por supuesto, nunca aceptarán estar errados porque siempre encontrarán argumentos para justificarlos. Además, leemos las mismas diatribas en libros, artículos, *papers*, y blogs, que se repiten a sí mismos sin solución de continuidad y se reproducen sin fin. Es curioso contrastar como no existe tal cosa en ciencias naturales, puesto que las necesidades prácticas imponen niveles rigurosos. De lo contrario, el avión se cae y el puente se derrumba. La estructura del átomo es la misma siempre, de ahí que no pueda haber fraude respecto a la misma. Por el contrario, la “reacción patriarcal” es una idea surgida al calor del magín de algunas científicas sociales que traducen juicios y prejuicios convertidos en puro voluntarismo.

¿Por qué tanto lenguaje oscuro?, se pregunta Andreski. Quizá porque están atormentados por la duda corrosiva de que la clase de ciencia que cultivan es un mero simulacro, porque no aportan nuevas ideas, sólo nuevas nomenclaturas. Como no aportan nada nuevo, se criban a sí mismas sin saberlo pues explican tautológicamente lo que lleva siglos explicado. A veces basta con cierta cantidad de información verdadera y un poco de sentido común para entender algo. Justo lo que falta en el debate que aquí hemos estudiado, como falta el sentido del humor, lo cual Andreski creía estrechamente ligado a ser capaz de juzgar situaciones sociales de forma realista. Discutir desapasionadamente y sin fines utilitarios era y sigue siendo un rasgo de “refinamiento infrecuente”.

Este tipo de tesis, las feministas de la reacción patriarcal, incurren en consignar pensamientos sin importarles a donde les conducen, dejando volar la fantasía propia de una imaginación desordenada, que sólo se dirige a quien ya sale convencido de casa, si se permite la expresión. En una frase insuperable del propio Andreski, serían “mulas de noria que gastan sus energías en no llegar a ninguna parte en lo que respecta al conocimiento del mundo real”. Dicho en otros términos, también los suyos, un error puede rectificarse y dar pie al conocimiento ulterior pero la confusión es un callejón sin salida absoluto. Por no mencionar que si uno se pasa la vida subsumido en eso de “la reacción patriarcal”, ni tan siquiera podrán decir ya nada coherente porque tal cosa estará influida por cientos de factores que desconocen pues han pasado la vida en ese campo y solo en ese campo. Al final ni comprendemos aquello en lo que nos hemos especializado.

Andreski insiste en una aseveración nunca suficientemente repetida: las ciencias sociales tienen cierta tendencia a la impostura, debido a la ausencia de disuasiones

intrínsecas, lo cual se agrava en ciertas latitudes. Que se rellenen folios y folios, en la mejor obsesión grafómana, diciendo cosas sin sentido, o cosas directamente lacerantes contra la mitad de la humanidad, sería descacharrante si no fuera pavoroso. La ausencia de niveles mínimos ofrece oportunidades ilimitadas para la expansión numérica. Cuanto menos tengo que decir de verdad sobre la presunta reacción patriarcal, más espacio ocupan mis “reflexiones”. Esta deriva de las ciencias sociales no deja de expandirse a costa de decir siempre lo mismo. De ello se deduce que la creatividad intelectual es diferente a la rutina administrativa. Un intelectual verdadero explora, siente una poderosa atracción por lo desconocido y lo imprevisible. ¿Tiene algo así la tesis de la reacción patriarcal? ¿Permite que se cree algo semejante?

4. A modo de conclusión

Lo dicho anteriormente muestra que existe un descontento en los textos feministas por la reacción que estiman que se ha producido en el mundo occidental respecto a las conquistas igualitarias. Dicha reacción se basaría en un movimiento tanto real como virtual, donde se discuten y combaten los avances que el movimiento feminista ha conseguido en los últimos tiempos. Dicho descontento se basa en una crítica general y amplia, a la que le cuesta *bajar al piso* de lo concreto para argumentar qué pérdidas de derechos se han producido de veras, cómo ha sucedido tal cosa, y quiénes son los responsables. Se dice que se produce una reacción patriarcal pero no se sabe muy bien qué significa eso de verdad en la práctica, más allá de traducir un cierto descontento preñado de preocupación.

También hemos repasado los principales argumentos que defienden que la reacción patriarcal no solo no existe, sino que es el hombre el que está sufriendo un ataque sin paliativos. Esta tesis se puede observar en el pensamiento de los juristas, periodistas, y académicos que hemos traído a colación, que harían las veces de contestación a las tesis que defienden dicha reacción patriarcal. Además, se ha intentado ofrecer un contexto de cómo y dónde estas tesis han germinado.

Tiene que existir y debemos encontrar puntos de unión entre lo que hemos intentado explicar en el inicio del artículo (la reacción patriarcal) y en el final (la reacción contra la reacción patriarcal). Es momento de reflexionar desde las categorías constitucionales cómo podemos integrar dos mundos -si es que se pueden integrar- que hoy día parecen más alejados que nunca.

5. Bibliografía

- ANDRESKI, S; *Las ciencias sociales como forma de brujería*, Taurus, Madrid, 1973.
- ARGUDO, R; “El feminismo hegemónico: más machista que el machismo”. En TEY, M (ed); *Hombres y sombras. Contra el feminismo hegemónico*, Economía Digital, Barcelona, 2020.
- BANATAR, D; *The second sexism: discrimination against men and boys*, Oxford, Massachussets, 2012.
- BLANCO, M; *Afrodita desenmascarada. Una defensa del feminismo liberal*, Deusto, Barcelona, 2017.
- CASADO, C; “Violencia de género”. En ARIÑO, E (coord.); *Desmontando el feminismo hegemónico*, Unión Editorial, Madrid, 2020.
- CHINWEIZU; *Anatomy of female power*, Pero Press, Lagos (Nigeria), 1990.
- COBO, R; *Hacia una nueva política sexual: las mujeres ante la reacción patriarcal*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011.
- DE LA PUERTA, J; *Refutación del feminismo radical*, Almuzara, Córdoba, 2019.
- DE LORA, P; *El laberinto del género. Sexo, identidad y feminismo*, Alianza, 2021.
- DE PRADA, J.M; *Una enmienda a la totalidad*, Homo Legens, 2021.
- DUDDA, R; *La verdad de la tribu. La corrección política y sus enemigos*, Debate, Barcelona, 2019.
- EBNER, J; *La vida secreta de los extremistas. Cómo me infiltré en los lugares más oscuros de Internet*, Temas de Hoy, Barcelona, 2020.
- ENGUIX GRAU, B; “Las nuevas masculinidades a debate: poder, privilegio, cuerpo y cuidados”. En TÉLLEZ INFANTES, A; MARTÍNEZ GUIRAO, J.E; y SANFÉLIX ALBELDA, J (eds); *Hombres, género y patriarcado: reflexiones, cuerpos y representaciones*, Dykinson, Madrid, 2021.
- FARRELL, W; y GRAY, J; *The boy crisis: why our boys are struggling and what we can do about it*, BenBella Books, Dallas, 2018.
- FULTON BROWN, R; “Talking points: three cheers for white men”, <https://fencingbearatprayer.blogspot.com/>, 5 de junio de 2015. Último acceso: 11/03/2020.
- HARMANGE, P; *Hombres, los odio*, Paidós, Barcelona, 2020.
- HOFF SOMMERS, C; *Who stole feminism? How women have betrayed women*, Touchstone Press, New York, 1994.
- KAISER, A; *La neoinquisición. Persecución, censura y decadencia cultural en el siglo XXI*, Deusto, Barcelona, 2020.
- KIMMEL, M; *Hombres (blancos) cabreados. La masculinidad al final de una era*, Barlin Libros, Valencia, 2019.
- KREIMER, R; *El patriarcado no existe más*, Galerna, Buenos Aires, 2020.
- LAJE, A; y MÁRQUEZ, N; *El libro negro de la nueva izquierda: ideología de género o subversión cultural*, Unión Editorial, Buenos Aires, 2016.
- LAVIN, T; *La cultura del odio. Un periplo por la dark web de la supremacía blanca*, Capitán Swing, Madrid, 2021.
- MALO, P; *Los peligros de la moralidad. Por qué la moral es una amenaza para las sociedades del siglo XXI*, Deusto, Barcelona, 2021.
- MARÍAS, J; *La mujer en el siglo XX*, Alianza, Madrid, 1980.
- MCELROY, W; “Una defensa feminista de los derechos de los hombres”, *Centro Mises*, 23 de enero de 2015, en línea: <https://www.mises.org.es/2015/01/una-defensa-feminista-de-los-derechos-de-los-hombres/> (último acceso: 8 de marzo de 2022).
- MURGIA, M; *Instrucciones para convertirse en fascista*, Seix Barral, Barcelona, 2019.
- NAGLE, A; *Muerte a los normies: las guerras culturales en internet que han dado lugar al ascenso de Trump y la alt-right*, OrcinyPress, Tarragona, 2018.

- OLMOS, A; "Ser hombre en una guerra: piénsalo bien", *El Confidencial*, 9 de marzo de 2022 (en línea: https://blogs.elconfidencial.com/cultura/mala-fama/2022-03-09/hombre-guerra-ucrania-rusia_3387764/. Último acceso: 9/3/2022).
- PETERSON, J; *Más allá del orden. 12 nuevas reglas para vivir*, Planeta, Barcelona, 2021.
- RANEA TRIVIÑO, B; *Desarmar la masculinidad*, La Catarata, Madrid, 2021.
- REDEKER, R; *Los centinelas de la humanidad. Filosofía del heroísmo y de la santidad*, Homo Legens, Madrid, 2020, *pássim*.
- RENO, R.R; *El retorno de los dioses fuertes. Nacionalismo, populismo y el futuro de Occidente*, Homo Legens, Madrid, 2020.
- RUBIALES, A; y SALAZAR, O; *Al amparo del feminismo*, Renacimiento, Sevilla, 2021.
- RUBIN, D; *No quemes este libro. Huye de la mafia progre y piensa por ti mismo*, Planeta, Barcelona, 2021.
- RUIZ, E; *Whiskas, satisfyer y lexatin*, Ediciones Monóculo, Madrid, 2021.
- SAAD, G; *La mente parasitaria. Cómo las ideas infecciosas están matando el sentido común*, Deusto, Barcelona, 2022.
- SALAZAR BENÍTEZ, O; *La vida en común: los hombres que deberíamos ser después del coronavirus*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021.
- SIMÓN, A.I; *Feria*, Círculo de Tiza, Madrid, 2021, 14^a edición.
- SOLNIT, R; *La madre de todas las preguntas*, Capitán Swing, Madrid, 2021.
- SOTO IVARS, J; *La casa del ahorcado. Cómo el tabú asfixia la democracia occidental*, Debate, Barcelona, 2021.
- STEFANONI, P; *¿La rebeldía se volvió de derechas? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda está perdiendo la iniciativa)*, Siglo XXI-Clave Intelectual, Madrid, 2021.
- STRAUGHAN, K; "Feminism and The Disposable Male", 2011. En línea: <https://www.youtube.com/watch?v=vp8tToFv-bA> (último acceso: 9/3/2022).
- URIARTE, E; *Feminista y de derechas*, Almuzara, Córdoba, 2019.
- VALLÍN, P; *C3PO en la corte del rey Felipe*, Arpa, Barcelona, 2021.
- VARELA, N; *Feminismo 4.0. La cuarta ola*, Ediciones B, Barcelona, 2019.
- VÁZQUEZ-RIAL, H; *Hombres solos. Ser varón en el siglo XXI*, Ediciones B, Barcelona, 2004.
- VILAR, E; *El varón domado*, Grijalbo, Barcelona, 1973.
- WEAVER, M; *Las ideas tienen consecuencias*, Ciudadela, Madrid, 2008.